

Por la boca entra el vino,
y el amor por el ojo;
es la única certeza
hasta que, viejos, muramos.
Alzo el vaso a la boca,
te contemplo y suspiro.

W. B. YEATS, *CANCIÓN TABERNARIA*

Semana doce

Martin Toppy es el hijo de un conocido *traveller* y el padre del bebé que llevo dentro. Tiene diecisiete años y yo, treinta y tres. Fui profesora suya. Si tuviese el valor necesario, ya me habría matado. No creo que el bebé hubiera sufrido. Su corazoncito se habría detenido con el mío. No habría notado que dejaba la oscuridad de un mundo por la de otro al tiempo que su alma se desenredaba de mí.

A las siete semanas, más o menos, el feto empieza a moverse. Dicen que imperceptiblemente, pero juro que ayer noté un amago, apenas un estremecimiento, la sombra de un peso. Durante estas semanas he estado quieta y callada, tratando de escucharlo. Me siento aquí, con las cortinas echadas y el televisor silenciado, a la espera de algún indicio bajo el suave resplandor de cosas que estallan, gente que sangra, hombres de ojos oscuros que transportan cadáveres envueltos en banderas, personas que discuten, se besan y conducen, personas que abren y cierran la boca.

Calculo cuánto tiempo tiene desde el instante preciso y no desde el primer día de mi última regla, como haría cualquier médico con una mujer que llevase una vida sexual normal, una vida normal, a la que le costase diferenciar las ocasiones. Mis ocasiones,

sin embargo, están marcadas y contadas, expuestas a una luz despiadada para poder ser inspeccionadas.

Pat llegó ayer al anochecer tras varias semanas de trabajo por todo el país instalando contadores de agua. Dijo que habían tenido que alquilar habitaciones, que trabajaban a destajo. El día que se marchó, se inclinó y me besó en la mejilla; tenía los labios fríos. Se detuvo un instante antes de enderezarse. No recuerdo si lo miré. Fue el segundo día de la séptima semana.

Anoche me planté en la puerta del salón y lo miré. Estaba tendido en el sofá con un pantalón de chándal y una camiseta del Liverpool; descalzo, sin afeitarse, con un poco de barriga, indefenso. Estoy embarazada, le dije. Volvió la cabeza hacia mí y una chispa iluminó su mirada —¿tal vez alegría?—, una chispa que se extinguió al momento, en cuanto recordó. Le dije que el padre era un hombre que había conocido por Internet con el tono de voz que siempre utilizo para hacerle saber que hablo en serio. Bajo y mesurado.

Se incorporó; luego se puso delante de mí y gritó ¡JODER! una sola vez. Levantó los puños como para pegarme, pero se contuvo y, en lugar de hacerlo, golpeó el aire a la altura de mi cara. Te mataré, dijo, te mataré. Y se llevó los puños a los ojos y rompió a llorar con todas sus fuerzas, enseñando los dientes y cerrando los párpados, como un niño que acabase de sentir un dolor atroz.

No había mucho más que decir o hacer, así que se marchó. Pálido, salvo por dos círculos de un furioso rojo en las mejillas, se dirigió hacia la puerta principal con su bolsa de deporte. Desde la puerta abierta se giró para mirarme. Bañado en una desvaída luz anaranjada, tenía un aspecto fantasmal.

¿Estamos ya en paz? Su voz era baja, casi un susurro. No contesté.

Siempre te he querido, Melody Shee, dijo.

Adiós, Pat, fue lo único que dije yo.

Anoche dormí profundamente, durante un rato al menos. No soñé o, si lo hice, no lo recuerdo. Mi cuerpo ha empezado a trabajar en lo suyo, a hacer lo que tiene que hacer. Estoy en el segundo día de la semana doce. Según lo acostumbrado, anuncié que estaba embarazada al cumplir doce semanas. A las doce semanas, el peligro inmediato ha pasado; el bebé ha aprendido a ser, a aferrarse, a crecer y crecer. Es ahora cuando empieza a percibir sabores. Siento que debería enviarle azúcar para endulzar su mundo. Hace un rato he probado con helado, pero lo he notado demasiado frío en el pecho y demasiado caliente en la barriga, y unos minutos después lo he devuelto. Ahora tengo antojo de unas lonchas de beicon entre rebanadas de pan blanco, con mantequilla y ketchup. Se ve que prefiere lo salado.

El padre de Pat se ha presentado en casa de madrugada. Me he levantado y lo he seguido de un lado a otro, como un fantasma invisible a sus ojos. Ha cogido un montón de ropa del vestidor que nos hizo como regalo por nuestro primer aniversario. Se ha llevado el casco, las botas y el uniforme de hurling de Pat, su ordenador portátil y la pila de carpetas y papeles que descansa al lado de su escritorio, en la pequeña habitación de invitados. Ha dejado la puerta principal abierta para facilitar la extracción, brazada a brazada, de la vida de su hijo. Al ver que se olvidaba del cable de alimentación del portátil, lo he desenchufado, lo he enrollado con cuidado y se lo he dado. Entonces me ha mirado. Tenía la cara roja de vergüenza y rabia; su respiración era pesada

y entrecortada. Me habría gustado prepararle una taza de té, pasarle la mano por el brazo y decirle que no se preocupara; oírle llamarme «cielo» y «cariño» y verlo sonreírme con afecto, como solía hacer.

Lo siento, Paddy, he dicho. Casi podía sentir los latidos de su corazón, que turbaban el aire que nos separaba. Me habría gustado decirle que se lo tomara con calma, que no se olvidase de que tiene el corazón delicado.

Ah, fíjate, ha dicho. Fíjate. No tenía más palabras para mí, ni yo para él.

Había aparcado marcha atrás en la entrada de casa; el maletero estaba abierto y el motor en marcha. El humo entraba y se arremolinaba en el recibidor. Sería una manera de hacerlo, he pensado. Después de subirse al coche, ha parado en la avenida y ha vuelto caminando para cerrar la verja. Como un abuelo protector, como un hombre que podría haber dicho: Más vale que dejemos esa verja cerrada, no vaya a ser que el niño salga corriendo y venga un coche.

La suave corriente de náuseas que sentí ayer se ha convertido hoy en una furiosa ola que se encrespa y me embiste cada pocos minutos. Esta mañana se ha apoderado de mí un cansancio espantoso y me he pasado la mayor parte del día sentada en el sofá con una palangana, que voy enjuagando de tanto en tanto en el fregadero de la cocina, a los pies. Me duelen los músculos cada vez que ando, la cabeza me da vueltas cuando me siento y cuando me levanto, y noto un molesto hormigueo en la piel de gallina que cubre mi cuerpo. No recuerdo haber comido, pero debo de haberlo hecho porque hay migas en la encimera, y la piel de una naranja.

Náuseas matutinas, y una mierda. Los vómitos aflojan al final de la tarde. Anoche dormí con la bata puesta, acurrucada entre edredones doblados. El aire siempre es frío en nuestra habitación, salvo unas cuantas semanas en pleno verano. A Pat le gustaba la frescura del aire: decía que la cama resulta más acogedora si tienes alguna parte del cuerpo fría, los dedos de los pies o la coronilla; que así aprecias mucho más el hecho de estar acostado. Oh, Pat. Cuántas batallas libradas, las terribles palabras que hemos llegado a decirnos. Cuántos años de cortes y rasguños, la saña y crueldad con que a veces nos hemos herido. Y así es como lo he terminado. Anunciándote desde la puerta del salón que he dejado que otro hombre haga lo que no puedes hacer tú. Llevo suplicando tanto tiempo. Esto es más de lo que soy capaz de soportar y menos de lo que merezco. Pronto nos deslizaremos hacia la oscuridad para vivir en ella, solos tú y yo, una vez tenga bien atados todos los cabos.

Esta mañana he salido descalza y me he quedado bebiendo té en la terraza de madera. Las náuseas han desaparecido y he pensado en fumarme un cigarrillo. Mi cuerpo no notaba nada, salvo alguna que otra contracción en los músculos del abdomen, como si un puñado de electrones extraviados, disparados por alguna glándula aturdida que hasta ahora hubiese permanecido dormida, lo estuviera recorriendo. El aire era limpio y puro, y me llegaba un ligero aroma a hierba recién cortada. Alguien, no muy lejos, llevaba a cabo la primera siega. He mirado la maceta de arcilla que descansa en el rincón más apartado de la terraza, la que Pat, durante años, ha utilizado como cenicero gigantesco sin pararse a pensar en vaciarla y que rebosa mugre y colillas. El estómago se me ha revuelto un poco.

He imaginado que la terraza era una horca y las planchas de madera donde se apoyaban mis pies, la trampilla. Cardos y matas de hierba formaban el público. Me he tocado el cinturón de la bata. Y he pensado en el gancho que hay en lo alto de la pared del cuarto de baño. Me he preguntado cuánto tiempo tardaría y cuánto dolería. Me he preguntado si habría cuchillas Stanley en la caja de herramientas sin estrenar de Pat, la que guarda en ese cobertizo desvencijado que nunca ha sido reparado. He pesando en un baño de agua abrasadora. ¿Por qué parece el lavabo el lugar más natural para hacerlo? Agua, jabón y desinfectante; azulejos blancos, que se limpian fácilmente, en el suelo y las paredes; nubes de vapor. Hay algo atractivo en el inquietante paralelismo de dejar el mundo acurrucada en un lugar angosto y cálido.

He comido: un huevo duro y una tostada a secas. Me ha sentido bien. He dormido.